

SERMON

PREDICADO EN LA DEDICACION DEL TEMPLO

DE

SAN ALFONSO M. DE LIGORIO

EN LA CIUDAD DE RIOBAMBA

POR EL M. R. P. MANUEL JOSE PROAÑO S. J.

Y

MEMORIA

DE LA CONSTRUCCION Y DEDICACION DE DICHO TEMPLO

QUITO



FUNDICION DE TIPOS DE M. RIVADENEIRA

1880

23.

Folleto comprado al Sr Antonio
Pobaden era el 18 de Mayo de
1914

Días de regocijo fueron para la ciudad de Riobamba el 9 de noviembre de 1873 y el 1º de agosto de 1880, como que en el primero se concebía, y en el segundo se veía cumplida una grande esperanza. En el uno todo un pueblo se agrupaba en tropel en torno de su amante Pastor, mientras éste con mano trémula por la emocion colocaba la primera piedra de un templo entre las ruinas de otro, y mientras un elocuente orador ecuatoriano ensalzaba á su cristiana Patria, haciendo ver que ella con su fé, su esperanza, su caridad, levantaba nuevos templos en honor del que en su ira había derruido los antiguos. En el otro ese mismo pueblo, congregado bajo magníficas bóvedas, levantadas en los aires por sus manos, amasadas con sus sudores, daba gracias al Señor por haberles concedido fabricarle una mansion más sobre la tierra, mientras el mismo orador se congratulaba con la piadosa muchedumbre, y bendecía el apostólico celo de los ilustres hijos de San Alfonso de Ligorio, que tanto habían afanado para llevar á cumplido remate empresa tan grandiosa. ¿Quién podrá describir la animacion, la alegría la ternura que, sobre todo en esta última ocasion, llenaba los corazones?

Del excelente discurso del Reverendo Padre Manuel José Proaño sólo diremos que conmovió profundamen-

IV

te á todo el auditorio, y le arrancó, desde el principio al fin, esas dulces lágrimas que son el rocío con que se esmaltan los laureles del orador. Mucho agradó á todos, y en todos infundió deseo de conservarle impreso para memoria de aquel solemne día. Por esta razon y por las repetidas instancias de los Reverendos Padres Redentoristas, le damos á la estampa, no dudando que, si pronunciado influyó en las almas tan saludables sentimientos, leído con atencion repastará deliciosamente la inteligencia con las útiles y hermosas verdades que contiene.

El orador, correspondiendo á lo extraordinario de las circunstancias, prorumpió de una manera impetuosa y ardiente, publicando los variados afectos que ya resonaban en el pecho de todos los oyentes. En seguida fijó la proposicion de su discurso, que, por constar de ideas que mutuamente se refuerzan, tiene completa unidad, y por esto y por ser tan fecunda al par que determinada, supone un talento analizador nada ordinario. En el desenvolvimiento de ella no dejó que desear. Pruebas sólidas y concluyentes expuestas con vigor, dignidad, uncion, gracia, y con esa novedad que lisonjea grandemente el ánimo de los oyentes; bellísimas y oportunas comparaciones tomadas de los ricos manantiales de las sagradas escrituras; pomposas y risueñas descripciones; rasgos brillantes; nobles pensamientos de interes coetáneo y nacional; cierto carácter de comunicacion, ó, si decimos, de conversacion entre el que habla y los que oyen: hé aquí los medios de que echó mano el orador para obtener los fines que, segun San Agustin, debe proponerse el encargado de anunciar á los hombres la palabra divina, esto es, que la verdad sea conocida, agrade y conmueva. *Ut veritas pateat, ut veritas placeat, ut veritas moreat.*

La misma abundancia de afectos que en el discurso se nota, viene á darle, en nuestro concepto, mayor mérito, atento á que fué escrito no para la sim-

ple lectura, sino para ser pronunciado ante un auditorio conmovido por lo augusto y nuevo de aquella religiosa ceremonia. “Escuchamos al orador con entusiasmo, y leemos al escritor con reflexion”, dice Cormenin. Por consiguiente la elocuencia de aquél deberá ser impetuosa y desigual; la de éste grave y metódica: la de aquél hablará á los hombres tales como se le presentan, inflamados por el mutuo contacto; la de éste alumbrará la razon fría y sosegada de personas aisladas, y dominará sus ánimos con tanto mayor autoridad, cuanto más reflexivamente se le estudie: la de aquél será endeble y desabrida, si se contenta con desnudos raciocinios; y la de éste se convertirá en fastidiosa declamacion, si pretende ser muy patética, dando suelta á muchos y variados afectos.

Esto es de observacion; de lo contrario, algunos pasos de este discurso y áun de los más acabados modelos de elocuencia, se hallarán intempestivos, incoherentes, imperfectos. Necesario es, por tanto, que, al leer oraciones escritas para ser pronunciadas, nos traslade-mos con la imaginacion ante un auditorio numeroso agitado por comunes sensaciones.

Los Editores.

SERMON

DE LA BENDICION DEL TEMPLO DE

SAN ALFONSO M. DE LIGORIO

— EN —

R I O B A M B A

*Latatus sum in his, quæ dicta sunt
mihi: in domum Domini ibimus.*

De júbilo rebosó mi corazón
cuando se me dijo: vamos á la casa
del Señor.—Ps. 121, v. 1º

Dios mio, ¡qué profundas emociones experimenta mi corazón en este instante! No, no es la lengua capaz de interpretarlas: hay circunstancias en que la más inspirada elocuencia tiene que confesarse vencida por la grandeza y elevación del argumento. Qué es esto? dónde estoy? Qué púlpito! qué templo! qué auditorio! Me salta el corazón dentro del pecho; *latatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus!* Si en la tierra hasta el gozo vierte sus lágrimas; aquí tenéis, piadosos habitantes del Chimborazo, aquí tenéis las más: son lágrimas de amor, de ternura y de alegría. Ocho años atrás dejo un sueño hermoso de mi vida: así las alegres memorias del pasado se renuevan como un sueño en el presente! Era un día claro y muy sereno; campeaba el sol en el límpido azul del firmamento; y esa linda corona de diamantes que forman las eternas nieves de nuestros montes gigantescos, reflejaba cual nunca los rayos de luz esplendorosa, para dar á Riobamba todo el aspecto de una ciudad en triunfo. Aquí, aquí mismo, no sé donde, improvisasteis un púlpito á cielo raso, y os agrupasteis apiñados en su torno. Los jóvenes levitas del naciente seminario de vuestra nueva diócesis, hinchieron los aires con himnos que aun resuenan en mis oídos; y el Pastor venerando, que, ¡ay no hallo entre voso-

tros! el Pastor venerando, con mitra en las sienas y cayado en la siniestra, bendijo solemnemente la primera piedra de este ya soberbio templo de San Alfonso M. de Ligorio. Subí á la improvisada cátedra: á los alegres cantares sucedió imponente silencio, y púseme á interpretar en presencia de los cielos los latidos de los corazones, los suspiros de los pechos, los arranques sublimes de almas inmortales, que entónces no se acordaban de la tierra sino para levantar en ella un nuevo grandioso monumento á la fe de todo el pueblo ecuatoriano. No recuerdo lo que dije, mas sí debo declararos hoy, para honra vuestra, un secreto pensamiento que turbaba entónces mi justo regocijo. ¿Quién sabe, me decía, si esta fábrica llegará á feliz término? y, si llega, ¿cuál será el sacerdote afortunado cuya voz más autorizada y vigorosa que la mía resonará por vez primera en las bóvedas de este templo? Corazon divino de Jesus, gracias os doy infinitas por haber, sin yo merecerlo, reservado para mí dicha tanta! Hijos venerandos de Alfonso de Ligorio, gracias os doy á nombre de la Compañía de Jesus, porque en el gran día de vuestras glorias, inspirados por la dulcísima caridad y amor que nos estrecha, llamasteis á vuestros hermanos á la más inmediata participacion de tan puro, celestial contento. *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*

Aquí, pues, nos tenéis. Y bien, ¿cómo corresponderé á vuestra confianza? ¿cómo llenaré vuestros deseos? ¿qué haré? ¿qué diré para satisfacer á la expectacion de este numeroso concurso? Os elogiaré? Eso no me lo consiente vuestra modestia religiosa, y me lo rechaza abiertamente vuestra abnegacion heroica y humildad profundísima. Mas, aunque yo calle, en elocuencia muda publican vuestras merecidas alabanzas el altar, las columnas, los muros de este templo majestuoso. ¿Os agradeceré como ecuatoriano, como católico y como hijo de la Compañía de Jesus, el servicio eminente que prestáis á mi patria, á esta mi amada provincia del Chimborazo, á la Iglesia misma de Jesucristo? Sois tan generosos, que nunca buscáis otra recom-

pensa á los beneficios que vuestro santo apostolado derrama entre las gentes, que la gloria de Dios allá en los cielos y la paz á los hombres de buena voluntad acá en la tierra. Mas, aunque yo calle, mil y mil corazones agradecidos se exhalan en este instante por los ojos de este piadoso auditorio, que, al fijar en vosotros sus miradas ardientes, os aclama en silencio verdaderos bienhechores de esta ciudad y pueblos comarcanos. No puedo, pues, ni encomiaros ni agradeceros. Ved, hermanos míos, qué costoso sacrificio impone á mi corazón el sublime desinterés de vuestro espíritu evangélico! Sea así; yo me resigno; pero no me neguéis el dar en vuestra presencia libre salida á dos afectos: á esta alegría santa, á esta esperanza divina que alienta y dilata todos nuestros corazones, al vernos congregados en este nuevo templo para recibir en él la efusión de las misericordias del Señor (*).

Allá en los días más venturosos del pueblo de Israel, cuando el sabio y pacífico Salomón hubo concluido la maravillosa fábrica del Templo, quiso celebrar con pompa y aparato nunca vistos la gran fiesta de la dedicación de la casa de Dios. Mandó al efecto pregonar en todas las provincias el día señalado, y convocó á Jerusalén á todos los hijos de las doce tribus de Jacob, para solemnizar con ellos el más fausto acontecimiento que registra la historia de aquel pueblo singular. Fué recibida la orden por los hebreos con gozo inexplicable y con entusiasmo que podría decirse frenético, si no fuese sobrenatural y divino. Olvidado de sí mismo, dejó el labrador su arado, el pastor su rebaño, su hogar la matrona y la virgen, sus libros el sabio, las armas el soldado; y, tremolando el estandarte de la paz, emprendieron todos camino de Jerusalén, derramándose en los valles y apiñándose en las cumbres, de las montañas como nubes bellísimamente arreboladas por los apacibles resplandores del sol de la mañana (**). ¡Ah, católico auditorio! ¡y cómo este recuerdo enciende mi fantasía,

(*) Ps. 47, v. 10.—(**) 3º Reg. c. 8º.

y me transporta, sin quererlo, á las regiones de Judá! Mi imaginacion repuebla esas hoy tristes y maldecidas soledades, y reconstruye á Jerusalem con su templo salomónico. Vedlas! allá van las doncellas de Israel coronadas de frescas guirnaldas; allá van niños y jóvenes batiendo palmas en las diestras; allá van todas las tribus vestidas de gala. Ya divisan la colina del Moria! ya contemplan extasiados la Casa del Señor! Un grito de alegría se escapa de los pechos palpitantes, y en seguida dan al viento las voces acordadas de melodioso canto, que en eco prolongado llevan á Jerusalem estas palabras: De júbilo rebosó mi corazón cuando se me dijo: vamos á la casa del Señor. *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*

Si no con igual magnificencia, sin duda alguna con igual espíritu nos hallamos todos congregados en este templo. Nosotros hemos venido de la capital, permitidme la expresion, locos de alegría; vuestros pechos palpitan de contento. . . . no es así? Nada, pues, más natural que honrar esta gran solemnidad demostrándoos cuán justa es y legítima esta misma alegría que inunda nuestras almas.

Creo que obtendré mi intento con esta proposicion: justísimo es y legítimo nuestro comun regocijo, porque la construccion de este templo es, primero, de nuestra parte, la afirmacion más elocuente y categórica de nuestra fe nacional; segundo, en los designios de la Providencia, una como confirmacion de nuestra mision social; y, tercero, la más segura prenda de nuestra prosperidad y bien entendido progreso. Hé aquí una proposicion riquísima, que ofrece copiosos materiales, no á un discurso, sino á una obra de tres gruesos volúmenes. Bien comprendéis, oyentes míos, cuánta violencia debo inferir á mi corazón para dar lugar á una reflexion más calmosa y á un razonamiento más tranquilo. Imploramos el auxilio del Espíritu Santo por la intercesion de su Santísima Esposa. *Ave, Maria, &*

I.

He dicho, oyentes míos, que la construcción de este templo es la afirmación más elocuente y categórica de nuestra fe nacional. Oídme atentos las pruebas. A dos reduzco en general las más comunes afirmaciones nacionales de la fe religiosa de un pueblo: á la palabra y á los monumentos. La palabra es hablada ó escrita, en prosa ó verso; los monumentos son estatuas, arcos, obeliscos, pirámides y templos. Prescindiendo de la verdadera predicación evangélica y de las enseñanzas del Maestro común de los creyentes, que en la Iglesia católica son palabras de un orden superior, y aquí no las tomo en consideración, digo que, en general, y muy especialmente en nuestros días, la simple palabra de los hombres está muy lejos de poseer esa fuerza secreta y misteriosa, esa fuerza profundamente persuasiva y conmovedora que un templo construido presta á la afirmación nacional de la fe religiosa de un pueblo. Examinad conmigo el carácter y naturaleza de la palabra humana, y os convenceréis.

Desde luego observo que la palabra humana y sus afirmaciones son de ordinario más aisladas de lo que parecen: de donde se infiere que ellas muy difícilmente pueden ser la genuina expresión de las ideas, de los sentimientos de la voluntad general. Hoy en día, atrévome á decir que excepto la evidencia de los primeros principios, y entre los católicos las profesiones de fe, ninguna afirmación verbal puede contar seguramente con el sufragio de todas las inteligencias. Y, ¡cosa verdaderamente singular! mientras más se multiplica la palabra, mientras más se facilitan los medios de comunicación, mientras más crujen las prensas, y se tienden más rieles para transmitirla por hilos telegráficos del uno al otro polo, ménos se aunan los entendimientos en la proclamación de lo que otros afirman, disolviéndose así la unidad social en mil y mil fracciones, merced á la misma palabra. Todos hablamos, y no nos entendemos:

es la confusion de Babel. Contemplad la palabra humana en el órden científico, en el órden histórico y muy especialmente en el órden político, y habréis de exclamar todos conmigo: bienaventurados los pueblos en el siglo diez y nueve taciturnos! No me tilde el siglo diez y nueve de retrógrado, llámeme desengañado, enhorabuena: el hombre desengañado siempre va más adelante que cuantos quedan meciéndose en hermosas ilusiones.

No sólo es aislada la palabra, es tambien especulativa, y por lo mismo infecunda y estéril en el órden práctico, en el órden de los hechos. De ordinario el pensamiento humano imprime en su más inmediata expresion, que es la palabra, su carácter privativo; y, como el pensamiento es por su naturaleza un acto de pura contemplacion, nada más natural que las afirmaciones puramente verbales participen de la condicion del pensamiento mismo. Fácil cosa es pensar el bien, fácil es afirmarle de palabra; pero practicar el bien, hacer un sacrificio por el bien, parece que supera las fuerzas ya gastadas ó enervadas de los hombres y de los pueblos. Dios mio, cuánto se proyecta en los gabinetes! cuánto se discute en las tribunas y en los parlamentos! qué discursos tan acalorados! qué apologías tan brillantes de la verdad! qué diluvio de libros y efemérides! y todo por la felicidad y para loor y gloria de los pueblos. Y, sinembargo, los pueblos más habladores son los más desventurados, y los gobernantes más locuaces y utòpicos son los ménos sensatos, y el siglo diez y nueve, perdido en esas atmósferas radiantes que le ha creado la doble libertad del pensamiento y la palabra, ó se desata en blasfemias, ó tiene que confesar avergonzado su impotencia, repitiendo aquello del poeta pagano: *video meliora proboque; deteriora sequor*. Veo el bien y lo afirmo; pero en la práctica abrazo lo peor. Tan estéril é infecunda es la palabra! ¡Bienaventurados, oyentes míos, bienaventurados los pueblos en el siglo diez y nueve taciturnos! Repito, no me tilde él de retrógrado, llámeme desengañado, enhorabuena: el hombre desengañado siempre va más ade-

lante que cuántos quedan meciéndose en hermosas ilusiones.

Tan adelante voy en mi desengaño, que él me ha descubierta cómo la palabra no sólo es aislada, infecunda, estéril, sino que también es una afirmación muy débil, muy fugitiva, de muy poco valor. Mirad: la palabra es al pensamiento lo que á la riqueza es la moneda que, la representa. En esta proporción advierto que así como no siempre son más ricos los pueblos donde circula más moneda, así nunca los pueblos asordados por la palabrería, son los más sabios y poderosos, porque la redundancia de la lengua los confunde, y amilana, y debilita gradualmente hasta sepultarlos en su ruina. Queréis una prueba de hecho? La edad de oro de las literaturas de las grandes naciones jamás ha podido resistir al violento empuje de conquistadores bárbaros. Allí están Roma y Grecia antiguas deponiendo en mi favor. Esta debilidad de la palabra es la causa de que sus impresiones sean siempre fugitivas, y por más que se engalane con el ropaje que le presta una imaginación brillante y un corazón apasionado, los efectos que produce siempre guardan proporción con las impresiones del momento. ¿Qué son delante de la verdad en el orden especulativo las palabras blasfemas de Renan, las teorías disociadoras de Mazzini, las máximas corruptoras de los patriarcas de la novela? Fuegos fatuos que sólo relumbren en la oscuridad de las tinieblas, y se disipan en la inmensidad del espacio, al rayar la lumbre matutina. Y ¿qué es la misma afirmación hablada de la Verdad en el terreno de los hechos? Preciso es confesarlo: hasta la verdad puramente hablada participa de la debilidad y fugacidad de la palabra; pues vemos que ella, la Verdad, es hoy de hecho víctima del crimen ó del vicio. ¿Y sabéis de dónde le viene esto á la palabra humana? Viénele de que vale muy poco: nada nos cuesta hablar mucho. Así es que en el comercio del pensamiento humano, paréceme la palabra una moneda de pobres; paréceme *moneda* de cobre, que ciertamente desprecian los que tienen su riqueza.

za representada por oro de subidos quilates.

Tales son, por lo comun, los caracteres de la palabra humana, de los cuales participan sin duda en su mayor parte las aseveraciones de los hombres. Por eso la Fe Divina inspiróles otro idioma, otro lenguaje imponente y majestuoso, para que con él formularan sus grandes afirmaciones religiosas. La Fe Divina me habla con sus templos, me habla en Roma con San Pedro, y en Milan, en Florencia, en Pisa, en Venecia, en Colonia, en Maguncia, en Strasburgo, en Reims, en Orleans, en Paris, en Toledo, en Sevilla, en Búrgos, en Nueva York y en toda la superficie de la tierra me habla con sus soberbias basílicas, catedrales é iglesias, que, á despecho de las injurias de los tiempos, llevan á las más remotas generaciones la afirmacion solemne de la religiosidad de sus progenitores. Y hoy vosotros me habláis con este templo, que es tambien la afirmacion más elocuente y categórica de nuestra fe nacional.

En efecto, un templo construido es una obra social por excelencia; jamas puede ser una expresion aislada de un pensamiento individual. Exige el apoyo y la cooperacion de toda la sociedad representada por sus dos elementos constitutivos, la autoridad y las muchedumbres; exige muchas fuerzas unidas y muchos brazos; exige muchos sacrificios comunes; empeña el interes general y arranca la más sincera y cordial aprobacion de todos los demas hombres. La sola historia de la fábrica de este hermoso templo de San Alfonso, en Riobamba, es una prueba victoriosa de lo que voy diciendo. Dos lustros há que los dignos hijos de Ligorio, que, por dispensacion de la divina Providencia, vinieron al Ecuador, concibieron el atrevido proyecto de levantar un templo en esta capital del Chimborazo. Pregunto ahora: ¿podia arrostrarse la ardua empresa, si la autoridad política de entónces, y la autoridad eclesiástica de la naciente diócesis no hubiesen prestado al celo de esos hombres apostólicos toda especie de apoyo y de cooperacion? ¿Podria llevarse la obra adelante, si el

pueblo todo, sin penetrarse de la importancia y de la necesidad imperiosa de un nuevo templo, no hubiese contribuido por su parte á la satisfaccion de esa necesidad? Claro está que no, sobre todo tratándose de una fábrica que, especialmente entre nosotros, atrévome á decirlo, dista poco de una creacion verdadera, por la falta casi absoluta de elementos preexistentes. Es cierto que el primer templo de Jerusalem fué justamente celebrado como una de las maravillas del mundo; pero tambien es cierto que no podemos leer sin asombro en los Paralipómenos y en el tercer libro de los Reyes los inmensos recursos, los caudales al parecer fabulosos que David legó á Salómón para la fábrica; y los que este sabio Rey se proporcionó en medio de la prosperidad de Israel, entónces tan rico y poderoso. Vosotros habéis levantado este templo magnífico; más ¿qué Ofir os ha franqueado su oro? qué Báblos sus mármoles? qué Líbano sus cedros? qué Arabia sus perfumes? Habéis debido luchar con gravísimas dificultades, tropezar con obstáculos casi insuperables y suplir con la constancia, con la abnegacion y sobre todo con la union de las fuerzas individuales la escasez átin de la materia prima. Hijos de Ligorio, éste es el momento en que nosotros como ministros del Altísimo debemos á nuestra vez fijar los ojos reconocidos en este pueblo fiel y darle, á nombre de la Iglesia, un testimonio solemne de muy alta recomendacion y alabanza. Ah! lo recordáis en este instante con gratitud profunda y religiosa. Cuántas veces en el decurso de ocho años os ha acompañado este mismo pueblo en globo: la grave madre de familia, la vírgen delicada, el jóven ardiente, en vistosa romería y al són de instrumentos músicos, al vecino Chibunga para disputarle las piedras que sus ondas bañaban! Qué espectáculo más tierno? qué expresión más sencilla y al mismo tiempo más sublime de la fe nacional? ¡Cuántas veces millares de pobres os han importunado, golpeando las puertas de la casa religiosa para ofrecer el óbolo en que con heroica generosidad se gravara para subvenir á los gastos. ¡Qué de humildes labradores, despues de recoger en los

campos, al rayo de sol abrasador, el escasísimo fruto de sudor copioso, ¡volvieron contentos á sus chozas, dejaron la mitad de su salario y unas cuantas espigas á la esposa enferma y á los hambrientos hijuelos, y os entregaron la otra mitad para la fábrica, avergonzados de no poder contribuir con más! Qué de viudas solitarias, qué de huérfanos tristes partieron con Jesus pobre su pan mojado en lágrimas! Bienaventurados, bienaventurados los pobres de espíritu y de corazón, porque de ellos es el reino de los cielos! (*) Con razón este templo ha empeñado el interés y ha mantenido la expectación de toda la República; con razón envían hoy á los del Chimborazo sus saludos y entusiastas felicitaciones los hijos todos del Pichincha, del Guáyas, del Azuay, del Imbabura, del Tunhuragua y del Cotopaxi; con razón todo el pueblo ecuatoriano vuelve hoy sus ojos lleno de júbilo hácia nosotros y exclama: ¡cuán amables son los atrios de la nueva casa del Señor! nuestra alma se enternece y vuela hácia ellos! *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et deficit anima mea in tria tua (**).* Ved ya si este templo es una verdadera afirmación colectiva de nuestra fe nacional.

Pero no basta: este templo, oyentes míos, es una afirmación fecundísima. Contemplo y admiro esta prodigiosa fecundidad, no tanto en las mentes como en las manos y en los corazones de todos los que directa ó indirectamente habéis prestado vuestros brazos á la fábrica. Contraste verdaderamente divino! La fe católica, que en las regiones de la especulación es tan oscura y enigmática; la fe católica, que para defenderse de los ataques de sus adversarios en el terreno científico tiene que escribir inmensos volúmenes, y enriquecer sin fin las bibliotecas con abstrusas y recónditas combinaciones, patrimonio exclusivo de los sabios; la fe católica, repito, en las prácticas afirmaciones de sus hijos, en la construcción de un templo, parece que se convierte en evidencia, y los dirige y mueve

(*) Matt. 5. 3.—(**) Ps. 83, v. 2.

con una especie de intuición directa é inmediata de las más altas y profundas verdades que nos revela. Ven acá, niño amable, y dínos qué pensabas, qué querías, cuándo ibas tan contento al vecino Chibunga para recoger algunas pedrezuelas? Quería, me responde, con infantil candor, ayudar á mis Padres Redentoristas en la fábrica de San Alfonso.—Bien, hijo mío, y qué es un templo?—Es la casa de la oración, (*) la escuela de la verdad; allí mis padres aprenden á ser virtuosos y darme buen ejemplo; allí se adora á Dios, que es uno en la esencia y trino en las personas; allí se inmola cada día ~~el~~ ^{el} S. Jesucristo, que, derramando toda su sangre por amor nuestro, nos libró de las penas eternas del infierno y nos hizo herederos de su gloria; allí hay altares de María nuestra Madre, y de otros Santos que ruegan por nosotros en el cielo.—Habéis oído afirmaciones más absolutas? Y sin embargo hé aquí las ideas que, como á este niño, movieron á todos vosotros en la cooperación á la grande obra. ¿Y no son ellas la afirmación fecundísima de todo el dogma católico, de toda la moral evangélica? ¿Y esta fecundidad de la idea no prestará al testimonio una fuerza irresistible? Sin ninguna duda: un niño con su pedrezuela en la mano para el templo, es otro pastorcillo de Belen, capaz de quebrarle la frente al más soberbio filisteo, (**) ó de volver loco al más denodado campeón del escepticismo filosófico. Una sola de las columnas de este templo puede con su peso aplastar á mil legiones de necios que tuviesen el capricho impío de querer bajo sus ruinas sepultarse.

Pero no, nadie, nadie querrá jamás entre nosotros derribar este templo. Si el Señor, en castigo de nuestras culpas, no toca con sus dedos las cumbres de nuestros formidables volcanes; si el Señor no sacude con el ceño de su enojo la tierra sobre que está asentado, (***) este nuevo monumento de San Alfonso será el testimonio más permanente y duradero de nuestra fe. Contempladle! Cuán firme y

(*) Luc. 19, v. 46.—(**) 1º Reg. c. 17, v. 49.—(***) Ps. 103, v. 32.

cuán robusto! Desafia á siglos y siglos: sus cimientos son profundos como es profunda la religiosidad del pueblo que le ha levantado; robustas sus columnas como son firmes é inquebrantables los corazones que aman su fe más que la vida; elevadas y orgullosas son sus torres como altos y sublimes los pensamientos de una nacion que, aunque pequeña y flaca, sin embargo se mece airosa en las regiones limpias y serenas que eternamente alumbra el sol de la Revelacion. Sí, este templo hablará á la posteridad; y los hijos de vuestros hijos, al renovar la memoria del primero de agosto de mil ochocientos ochenta, buscarán agradecidos las tumbas de sus padres, y, despues de regarlas con lágrimas de gratitud profunda, exclamarán enternecidos: “Descansad en paz, restos sagrados de nuestros mayores, que nos legaron en este templo la afirmacion más elocuente y categórica de nuestra fe nacional. Ved ya, mis amados oyentes, con cuánta razon he dicho y lo repito: De júbilo relizó mi corazon cuando se me dijo: vamos á la casa del Señor. *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*

II.

Otro motivo tenemos de justo y santo regocijo: la construccion de San Alfonso es en los designios de Dios una especie de confirmacion de nuestra mision social. Los pueblos, así como los individuos, tienen bajo el gobierno de la Divina Providencia una mision, un destino particular en su pasaje sobre la tierra. La fe y la razon de consuno prueban de un modo incontestable esta verdad. Pruébalo la razon, porque, de lo contrario, es preciso admitir las desesperadoras doctrinas del fatalismo, ó las insensatas y absurdas hipótesis del *acaso*, palabra sin sentido aún para un mediano filósofo. Pruébalo la fe con la Biblia en la mano y con los Profetas, provocando á la historia de la familia humana á presentar sus relatos verídicos ante las infalibles previsiones contenidas en las páginas sagradas. Por

más que el orgullo humano en furiosa desesperacion trate de sustraerse á esta ley esencial de la naturaleza, jamas, jamas podrá el hombre salir del círculo inmenso dentro del cual, salva la libertad, le encerró la Providencia. Ni la ocasion, ni el objeto que me propongo, ni el auditorio que me rodea, demándanme ulteriores declaraciones de este dogma: todos estamos perfectamente convencidos de que el Dios que adoramos señala á los pueblos como á los individuos un deber, un destino particular. Pero hay un problema importantísimo que hace á mi propósito, es el siguiente: ¿cómo se podrá llegar á conocer cuál es el deber, el destino de un pueblo? No hallo, oyentes míos, solucion más satisfactoria que esta: búsquese en la fisonomía moral de un pueblo la faccion más prominente, es decir, su virtud característica; estúdiense los hechos providenciales que más directamente han contribuido á crearla, conservarla y desenvolverla; y esa virtud característica, y los hechos providenciales, determinarán el deber y destino del mismo pueblo. La razon es porque las criaturas racionales no pueden desempeñar su respectivo encargo, sin poseer en alto grado una virtud á ella proporcionada; y esta misma virtud debe naturalmente ser sostenida por Dios, mediante hechos providenciales, que muy bien podemos llamarlos *confirmaciones* de su mismo destino.

Apliquemos este criterio á un solo caso, y nos convenceremos de la exactitud de la solucion dada al problema propuesto. Nadie ignora que el pueblo hebreo fué el pueblo de Dios por excelencia, y que se distinguió siempre entre todas las gentes por un destino singularísimo; pero no todos podrán determinar cuál fué precisamente ese destino, y cuál, entre tantos como unen al hombre con Dios, fué el lazo que estrechó á los hebreos con la Divinidad. Mucho, mucho se ha dicho y se puede decir á este respecto; mas yo creo que, considerando la virtud característica de aquel pueblo, y los hechos providenciales que la crearon, conservaron y desenvolvieron hasta la venida del Mesías, con muchísima razon se puede afirmar que el

destino del pueblo isrealita fué el de conservar socialmente la expectacion del Mesías prometido, y el de darle al mundo para la redencion del género humano. Por qué así? Porque la virtud característica de aquella raza semítica, la faccion más prominente de su fisonomía moral, fué la esperanza religiosa. Heredera de las divinas promesas que oyó el primer hombre el día funestísimo de su prevaricacion, ántes de salir del paraíso herido por tremendas maldiciones, conservó siempre su memoria, y trasmitióla á las sucesivas generaciones, de patriarca en patriarca, de caudillo en caudillo, de rey en rey, de profeta en profeta. Era la esperanza, la vida y gloria del hebreo; y era esa esperanza tan firme y tan suya, que por un misterio pavoroso de obcecacion humana, sobrevivió al cumplimiento de la promesa, sobrevivió al Deicidio: y ved al infeliz desparramado en toda la superficie de la tierra esperando y esperando hasta la consumacion de los siglos al Mesías, que há cerca de mil ochocientos ochenta años sacrificó él mismo en el Gólgota.

Mas si esta esperanza del pueblo hebreo es un signo inequívoco de su destino, no lo es ménos de parte de Dios la Providencia singularísima con que le gobernó. Esta Providencia se resuelve toda en hechos portentosos y en milagros estupendos, que son como otras tantas confirmaciones y corroboraciones del destino de la nacion hebrea. Leed la Biblia, el Antiguo Testamento, y hallaréis á cada paso en el Génesis, Exodo, Levítico, Deuteronomio, Paralipómenos, Reyes y Profetas mayores y menores, las memorias de un pacto, una promesa, un prodigio directamente encaminado á confirmar al pueblo de Israel en la esperanza. Vocacion de Abraham, descendencia gloriosa, circuncision, tierra prometida, bendicion de Jacob moribundo á sus doce hijos, Moises, sus prodigios, su ley, sus combates, sus glorias, su arca, su tabernáculo. . . . todo, todo se dirige á un objeto, converge hácia un punto, tiende á un fin: á corroborar las esperanzas y la mision de Israel. Y es esto tan cierto,

que cuando D'os cumplió todas sus promesas, pereció definitivamente el pueblo judío, cual si ya no le quedase otro destino que debiera desempeñar sobre la tierra. ¡Pobre pueblo, tan glorioso y singular en los siglos de las promesas y de las figuras, como desventurado y maldito en los siglos del cumplimiento y de las realidades; no porque las realidades no correspondiesen á las figuras, ni el cumplimiento á las promesas, sino porque, torcida la verdadera interpretacion de la ley y de los Profetas, se obstinó en no reconocer ni en el signo la casa representada, ni en la cosa representada el signo!

Ahora bien, yo os pregunto: ¿cuál de los hechos providenciales con que Dios distinguió á su pueblo, os parece la última, la más espléndida é irrefragable confirmacion de su destino social? Como he dicho, todo es maravilloso en aquel pueblo célebre. Maravillosa su libertad del cautiverio de Faraon, maravillosa la eleccion de Moises, las plagas de Egipto, el paso del Mar Rojo, la promulgacion de la ley en el Sinaí, el maná, la columna de fuego, el agua de la piedra, los combates, las victorias, la conquista de la Tierra de Promision, y el establecimiento y constitucion definitiva de aquella nacionalidad teocrática. Cada uno de estos hechos era, sin duda, una confirmacion de los destinos de Israel; si se hace empero un estudio comparativo de todos ellos, nadie podrá negarme que el grande hecho, la última confirmacion de que hablamos, fué la construccion del Templo de Jerusalem. Entónces, entónces fueron los hebreos, propiamente hablando, pueblo de Dios, cuando Dios se fabricó en medio de ellos una casa para vivir con ellos. Este y no otro fué el carácter del templo de Jerusalem en la mente de Dios. Arquitecto soberano, Dios habló con Moises en el desierto, y en íntima familiaridad le sugirió la idea, le dió el diseño, y, descendiendo á los últimos pormenores, determinó las medidas del altar y de todo el interior del templo. Monarca supremo y Gobernador sapientísimo de las sociedades humanas, de tal modo vinculó los más altos inte-

reses de los hebreos á su templo, que en la sucesion de los siglos siempre representase el templo levantado las glorias, y el templo derribado las ruinas de la patria. Diplomacia (permitidme la expresion), diplomacia verdaderamente divina, que, empleada por los pueblos y gobernantes católicos, arrancará para siempre á la ingrata y pérfida apostasía el hacha demoleadora de los templos! Este y no otro fué el carácter del templo de Jerusalem en la mente de los mismos hebreos. Antes de la fábrica fué el templo el voto unánime de los hijos de Judá, la inspiracion de sus profetas, el gran pensamiento de sus reyes: David empleaba las treguas que le concedía la guerra permanente de su glorioso reinado, en el acopio de materiales para el templo, y en sus fervientes súplicas instaba á su Dios porque le otorgara el favor de ser él quien le construyera. Cupo á Salomon tamaña gloria; y el Rey pacífico, el rey más sabio de los mortales, apuró en la fábrica todos los recursos de su poder y sabidaria. Llama en su ayuda al Egipto, á la Fenicia, á la Siria; y esos pueblos vecinos de la Palestina oyen entónces resonar con solemnidad inusitada el nombre santo de Jehová. Envía treinta mil obreros á cortar cedros del Libano en compañí de los sidonios, y bajo las órdenes de Adoniram; envía á Biblos ochenta mil prosélitos para proporcionarse las piedras y mármoles necesarios, y emplea otros setenta mil hombres en el transporte de los materiales desde Jope y otros puntos á Jerusalem. ¡Qué preparacion y aprestos tan dignos de esa maravilla del mundo! Ellos solos nos manifiestan por qué la Divina Escritura identifica la suerte del pueblo hebreo con la de su templo, y cuál era en el concepto de Salomon y sus vasallos la significacion de aquel grandioso monumento. Fué, pues, el templo de Jerusalem la más irrefragable confirmacion del destino social de los hijos de Judá.

Esto supuesto, enseña el Apóstol de las gentes en su epístola primera á los fieles de Corinto, que cuanto acaeció al pueblo judío era prefigurativo de lo que debe verificarse en la Iglesia de Jesucristo: *Omnia autem haec in*

figura contingebant illis. (*) Luego en los pueblos católicos la construcción de cada nuevo templo debe ser también, y eslo de hecho, la confirmación más irrefragable de su respectiva misión social. Y ved aquí por qué rebotó de júbilo mi corazón cuando se me dijo: vamos á la casa del Señor. *Laetatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* Sí, este templo de San Alfonso es una confirmación espléndida de nuestra misión social. No lo dudéis, oyentes míos, nosotros debemos también desempeñar una misión, y muy alta, y muy gloriosa. Pequeña es y muy flaca nuestra nación; apenas figura entre las gentes. Yo en nombre de ella cedo á unas la gloria de las letras, y cedo á otras la gloria de las armas; cedo á éstas la gloria de la industria, y cedo á aquéllas la gloria del comercio. Mas, cediendo al mundo todas esas glorias y grandezas efímeras, exijo del mundo que reconozca y respete en nosotros una sola gloria: la gloria de la unidad social de nuestra fe religiosa. La fe católica es el timbre de nuestra gloria nacional; ella nos distingue hoy por hoy entre todas las naciones de la tierra. Instintos, usos, costumbres, constitución, leyes, todo, todo respira y traspira fe divina: esta es la facción más saliente de nuestra fisonomía moral. Los rayos del sol de la fe caen tan vivos y resplandecientes sobre nosotros, como caen en día sereno los rayos del sol del Ecuador sobre las pirámides de Caraburo. Nunca en nuestro cielo religioso se amortiguó la lumbre de ese sol divino; nunca padecerá eclipse, ni los negros nubarrones de la duda podrán interceptarnos sus rayos. ¿Dónde está, quiero conocerle, dónde está entre nosotros el hijo mal nacido de la patria católica? ¿Dónde está el ateo, el incrédulo, el racionalista ecuatoriano? Ecuatoriano y hombre sin fe parece que se excluyen, parece un círculo cuadrado. Ni creais, oyentes míos, que esta recomendación de nuestra fe nacional sea inspirada únicamente por el entusiasmo de esta gran so-

(*) c. 10, v. 11,

lenidad, ó por el santo regocijo que inunda mi corazón en estos felices momentos; no es una hipérbole, es una observación fría, y una consecuencia rigurosamente lógica, deducida del estudio de nuestra historia, que todos conocéis. Si alguno empero insistiese en calificar estas expresiones más de exageradas, yo le presentaría en mi favor la más alta y respetable autoridad que acatan los hombres en la tierra. Es indudable que en nuestros aciagos días el punto más alto á donde puede sublimarse la fe nacional de un país, es la adhesión inviolable á la cátedra de Pedro. Pues bien, ¿qué juzga del Ecuador católico el actual Vicario de Jesucristo, el Maestro comun de los creyentes, el Papa Leon XIII? Escuchad, fieles, sus regaladas palabras. En una carta en que nos manda su bendición apostólica, escrita el 3 de noviembre de 1879, se expresa en estos términos: *Qua fide, devotione et amore aequatorianus populus hanc Sanctam Apostolicam Sedem prosequatur, tot ostendunt præclara argumenta, ut ecclesiasticæ historiæ ea perpetuo celebraturæ sint.* . . . Tantas son y tan espléndidas las pruebas de la fe, devoción y amor del pueblo ecuatoriano á la Santa Sede Apostólica, que las historias eclesiásticas habrán de celebrarlas perpetuamente. Por cuya razón, prosigue el Padre Santo, los Romanos Pontífices nunca dejarán de mirar con especial benevolencia y solicitud á esos sus distantes hijos, no dudando de que ellos se conservarán tales en lo sucesivo, cuales hasta el presente se mostraron". . . . Qué más pruebas queremos? Pregunto ahora: ¿y habrá un solo ecuatoriano que allá en el secreto de su conciencia, y delante del Dios de sus padres, y al cavar con pié trémulo su tumba, sea osado á renunciar formalmente á la parte de gloria que le cabe en tan elocuente elogio de nuestra fe religiosa? No lo creo, no lo concibo, ni puedo concebirlo. Luego la fe es nuestra virtud por excelencia; el rasgo más saliente de nuestra fisonomía moral. Luego nuestra misión correspondiente á esta misma virtud, es la de conservar y sostener social y políticamente la unidad de la fe nacional para glo-

ria del Divino Fundador de la Iglesia y saludable ejemplo de las demas naciones de la tierra. Para esto el Señor ensaya nuestra fe, y la renueva con maravillosa y especialísima providencia, dándonos despues de cada prueba, una nueva confirmacion de esta nuestra mision. Ensayos son de nuestra fe esos escombros de la antigua Riobamba, que sepultaron un momento la gloria de la fe de nuestros mayores para que renaciese más pura en los templos de esta nueva ciudad. Ensayos son de nuestra fe las ruinas de Imbabura, cuyos piadosos hijos no reedifican sus moradas sino en torno de un templo. Ensayos son de la fe nacional nuestra pobreza, nuestra debilidad, nuestros temores, nuestros peligros y nuestras lágrimas. Pero el brazo del Señor nos sostiene, y su alta inspiracion nos mueve á buscar en el templo la confirmacion más irrefragable de nuestra mision social, como hoy se manifiesta. Justamente, pues, rebosó de júbilo mi corazon cuando se me dijo: vamos á la casa del Señor. *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*

III.

Pero yo tengo, oyentes míos, otra causa todavía más profunda de un regocijo inexplicable y santo: considero en este templo la más segura prenda de nuestras esperanzas. Nadie espera sino aquello á que aspira; porque nuestras aspiraciones excitan los deseos, y los deseos engendran la la esperanza. ¿Y cuáles son las naturales aspiraciones y deseos de un pueblo católico? Siendo el hombre perfectible por naturaleza, su aspiracion constante ya como individuo, ya en sociedad, es á su perfeccionamiento, el cual, suponiendo un progreso, da á la misma aspiracion del individuo y de las sociedades humanas una tendencia hácia el progreso, hácia la civilizacion. La más grosera calumnia que pueden levantar al catolicismo la apostasía y la ignorancia, consiste en presentarle opuesto al progreso, á la civilizacion. Sólo la barbarie pagana, á quien

no era dable adivinar los grandes y preciosos resultados del establecimiento del cristianismo, acometió la empresa insensata de ahogar á la Iglesia naciente en la sangre de sus mártires, por temor de que las ruinas de infame idolatría sepultasen para siempre las mentidas glorias de una civilizacion sensual y corruptora. Pero hoy, á los diez y nueve siglos que cuenta la Iglesia de existencia, repito, sólo un paganismo más culpable que el primero, puede arrojar al rostro de la Esposa de Cristo semejante insulto. Señores, la Iglesia católica es la única madre de la civilizacion y el único principio fecundo del cual arranca todo bien entendido progreso.

Qué es, en efecto, civilizacion? Determinemos alguna vez este concepto que tanto pervierten y adulteran sus pseudo-apóstoles. Digo que civilizacion es el resultado de la aplicacion práctica de la razon perfeccionada y de los nobles instintos del corazon al bienestar del individuo y de la sociedad. Vuélvanse y revuélvanse con agitacion febril los adversarios del catolicismo, nunca podrán darnos una descripcion más completa y satisfactoria que ésta. Si no es tal la civilizacion de que tanto blasonan, la sociedad humana no puede en conciencia fiarse de ellos; porque al fin y al cabo ni los individuos ni las corporaciones aspiran á otra cosa que á su prosperidad y bienestar. Esta luminosa y justa idea de la civilizacion nos presenta, por poco que reflexionemos, sus tres elementos constitutivos: la verdad, la moralidad y el amor. La verdad, porque ella es la perfeccion de la razon humana; la moralidad, porque ella es la perfeccion del corazon; el amor, porque él es la fuerza expansiva del bien. Antes del cristianismo ninguna de las antiguas civilizaciones del Oriente, ni las de Grecia y Roma pudieron contar con estos tres poderosos é indispensables elementos; porque ni los filósofos estaban en posesion perfecta de la verdad, ni los legisladores y gobernantes disponían de algun freno eficaz para la corrupcion pública, ni los hombres, encerrados en el círculo estrecho del egoismo, podían amarse desinteresadamente los unos á los otros.

Léase sin pasion la historia de los pueblos antiguos, y se verá con evidencia que esta es la síntesis verdadera de su condicion social. Pero funda Cristo su Iglesia, conquista la Iglesia el mundo, levanta sobre las ruinas de la idolatría basílicas y templos; y los hombres redimidos contemplan en cada uno de esos monumentos un foco permanente, que, concentrando en sí los esplendores de la divinidad, los refleja sobre toda la tierra en hermosos destellos precursores de la civilizacion católica. Un momento. . . . y ved el mundo civilizado por los templos!

A la verdad, ¿qué es en el idioma de la fe un templo? Es la casa de Dios en la tierra, (1) es la mansion del Verbo Encarnado, cuyas delicias son morar con los hijos de los hombres (2). Si, este huesped eterno y divino habita en nuestros templos, como desde hoy habitará en éste que le habéis levantado. Ya baja de los cielos sobre una nube! (3) ya la nube misteriosa se dilata en estas bóvedas! ya está aquí Dios con nosotros! adorémosle. . . . Gran Dios! y quién sois? ¿cuáles serán las manifestaciones de vuestra divinidad? Escuchadle, católicos: "*Ego sum veritas*, Yo soy la verdad; (4) Yo soy la luz del mundo; (5) Yo alumbro á todo hombre que viene á él; (6) Yo soy el maestro universal; (7) y el preceptor de todas las naciones; (8) el que me sigue no anda en tinieblas; (9) porque Yo soy la perfeccion del humano entendimiento. *Sanc-tus sum ego*, Yo soy el santo; (10) Yo, el Señor Dios vuestro, os santificaré con la verdad; (11) Yo santificaré esta casa que me habéis construido; (12) y nadie entrará en ella sin ser en ella santificado por medio de mi palabra y la oracion. (13) Yo soy Amor, *Deus charitas est*; (14) mi espíritu difunde la caridad en los corazones de los mortales; (15) mi ley es de amor; este es mi precepto: amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como

(1) Luc. 19, v. 46.—(2) Prov.c. 8, v. 31.—(3) 2. Paralip. c. 5º | (4) 14 Joan. v. 6.—(5) Joan. 8, v. 12.—(6) Joan. 1, v. 9.—(7) Matt. c. 23, v. 8.—(8) I-sai. 55, v. 4.—(9) Joan. 8, v. 12.—(10) Levit. c. 21, v. 8.—(11) Joan. c. 17, v. 17.—(12) 3. Reg. c. 9, v. 3,—(13) Joan, c. 17, v. 19.—(14) 1. Joanc. 4, v. 8.—(15) Rom. c. 5, v. 5.

á ti mismo. Ley mosaica; proféticas inspiraciones. . . . todo, todo se resume en este mandamiento" (*). Así nos dice nuestro Dios; estas son las ricas promesas que nos hace, y que cumplirá con la inviolable fidelidad de su veraz palabra.

Sí, en este templo hay una cátedra, una piscina y un altar. La cátedra es de verdad para la ilustracion social de nuestros entendimientos; la piscina es de sangre para la purificacion social de nuestros corazones; el altar es de amor para dar á nuestra razon ilustrada y á los más nobles y generosos instintos de un corazon santificado, toda la fuerza expansiva del bien en pro del individuo y de la sociedad. En esta cátedra resonará siempre la voz de la Sabiduría dignamente representada por esos modestos hijos de San Alfonso de Ligorio. Herederos de riquísimo patrimonio, de la ciencia verdaderamente divina de este nuevo Santo Doctor de la Iglesia, jamas pronunciarán, qué consuelo! una sola palabra que no sea expresion genuina de la Verdad libertadora de los hombres; (***) de los labios de esos predicadores se desatarán rios caudalosos de inspirada elocuencia, que llevarán sin cesar á la razon el convencimiento, y á la voluntad la persuasion. Explicarán ellos á los hijos de vuestros hijos los dogmas sublimes de la Divina Religion, y la moral purísima del Evangelio, y la ley inmaculada del Señor, que convierte á las almas, (***) y difundirán, más y más entre vosotros esas doctrinas, enseñanzas, principios é ideas que no alcanzaron ni Sócrates, ni Platon, ni Aristóteles. Su palabra será fecunda como es fecunda la predicacion evangélica, y como son puros sus labios, y santos sus corazones. Su enseñanza será pública, porque los discípulos de Jesucristo no hablan sigilosamente; ni se envuelven en las tinieblas de la noche, como lo hacen el error y la mentira para arruinar á los pueblos. Su enseñanza será pública, porque nunca hablarán sino á nombre de la Sabiduría, la

(*) Matt. c. 22, v. 40.—(**) Joan. c. 8, v. 3.—[***] Ps. 18, v. 8.

cual llama á todos sin distincion, y á todos se les hace en-contradiza, (*) y les tiende la mano para enriquecerlos con su tesoro inagotable. Su enseñanza será pública, y se extenderá al niño y al anciano, al idiota y al sabio, al plebeyo y al noble, al pobre y al rico; porque la Verdad es herencia comun de toda criatura racional.

En este templo hay una piscina purificadora. Llena está de la sangre del Cordero para que en ella lave su estola el delincuente, ó se sumerja el paralítico. Católicos, nuestra naturaleza es enferma, peligrosos nuestros instintos, funestas nuestras pasiones, voluble el corazon, mortales nuestras dolencias. ¡Ay de las sociedades y de los individuos entregados á sus propias fuerzas y destituidos del auxilio de lo alto! Necesitamos gracia: sin gracia de Dios el género humano es aquel paralítico del Evangelio que, junto á la probática piscina, se iba consumiendo sin esperanza de recobrar la salud perdida, porque no tenía quien á ella le arrojase cuando el Angel del Señor removía las aguas. (**) Sin gracia de Dios, la moral individual y la moral pública, ó están muertas, ó están moribundas. Sin gracia de Dios los malos instintos ahogan los más generosos sentimientos, y las más viles y degradantes pasiones graban afrentoso estigma en las frentes de sus desventuradas víctimas. Necesitamos, pues, gracia; y ésta se nos comunica por medio de los sacramentos, que he llamado piscina purificadora. Esta piscina es un poderoso elemento moralizador y santificador. Por esto son dichosos los pueblos donde, multiplicándose los templos, se multiplica la piscina santificadora; por esto sois dichosos vosotros, porque en este nuevo templo tenéis nueva piscina. Allí están los Angeles del Señor, que renovarán continuamente no el agua, sino la sangre divina en la cual sumergiréis el pecado para recobrar la vida. Allí están los médicos que no os pulsarán sino para emprender vuestra cura, ni os recetarán sino para restituiros la salud perdida, y

[*] Prov. c, 1, v. 20.—[**] Joan. 5, v. 7.

reparar las fuerzas quebrantadas. Angeles, jueces, médicos, alegros y regocijos en el Señor, porque si en este pueblo, que tanto os ama y venera, hay culpados ó enfermos, enfermos son y culpados que no quieren la enfermedad ni la culpa; pues que á costa de tantos sacrificios os han ayudado á construir este templo. Moved siempre y removed la sangre de la piscina; sentaos en los tribunales para perdonar á los delincuentes; asistid á los enfermos para que recobren la salud y fuerzas. Satisfecho será vuestro celo; volarán por estas bóvedas los suspiros del arrepentimiento, é inundarán estas baldosas las lágrimas y sangre de sincera penitencia, que no sólo moralizará, sino también santificará á toda esta provincia; y los traseuntes, al contemplar desde las alturas del Chimborazo el valle en que se extiende esta ciudad, señalarán la con el dedo, y dirán lo que há dos lustros oí yo mismo de Riobamba: ese es el relicario del Ecuador.

En este templo hay un altar. Y qué es un altar? Señores, un altar es (permitidme la expresion), el más sublime escenario del amor. Qué combates! qué conquistas! qué triunfos del amor en un altar católico! Allí compete eternamente el amor del Padre celestial á los hombres, con el amor del Hijo Encarnado á sus hermanos: El amor del Padre, dándonos á su Hijo; que no pudo darnos más: *sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*; (*) el amor del Hijo Encarnado, dándonos á sí mismo; que no tuvo más que darnos: *dilexit me, et tradidit semetipsum pro me* (**). El amor del Padre, apagando en su diestra los rayos de su enojo y reconciliándose en Cristo con el mundo: *erat Deus in Christo mundum reconcilians sibi*; (***) El amor del Hijo, inclinando la cabeza en el leño de la Cruz, y ofreciéndose en perfecto holocausto como víctima eterna de propiciacion: *tradidit semetipsum pro nobis oblationem* (****). Qué espectáculo! Contemplar la imágen de Jesus Crucificado rodeada del

[*] Joan. 3, v. 16.—[**] Ad Galat, c. 2, v. 20.—[***] 2^a ad Corint. c. 5, v. 7.
[****] Ad Ephes. c. 5, v. 2.